

modo que había dispuesto el terreno de la batalla. En materia de elecciones, fué maniobrista sin igual. Los principales agentes eran los prefectos. En la historia del funcionarismo francés, los prefectos del *segundo Imperio* ocuparán un puesto aparte. Los que no los vieron sino en las postrimerías del reinado, avejentados, descorazonados, turbados por direcciones contrarias, dudando de su príncipe y de sí mismos, no pudieron formarse una idea exacta de la influencia que dichos funcionarios ejercieron y del prestigio que durante largo tiempo los sostuvo. En 1863, ninguna debilitación del poder había enervado todavía su autoridad. Ejercían sobre sus administrados una especie de dominación fácil y tranquila. Sus temperamentos eran muy diversos, y habían empleado medios muy diferentes para establecer y consolidar su imperio: éste mandaba bondadosamente con insinuante abandono; aquél dictaba sus resoluciones con estudiada sequedad; el de más allá afectaba la preocupación de los detalles y un conocimiento profundo de los asuntos administrativos, al paso que otros se preciaban de aficionados á los placeres y casi se hubieran ofendido si se les hubiese calificado de laboriosos. A pesar de sus diversidades, tenían rasgos comunes. Al ver su aplomo, nadie hubiera podido creer que existía una oposición ó que la victoria pudiese ser dudosa un momento. Casi ninguno era del país, y hasta de esta circunstancia sacaban partido, proclamándose tanto más imparciales cuanto que estaban exentos de toda pasión local. Lo que les daba mayor influencia era el número infinito de favores que dispensaban ó obtenían para sus administrados: vivían en una época de renovación económica; cada aldea pedía su camino vecinal, cada ciudad su ferrocarril, y de sus labios era esperada ansiosamente la palabra que había de responder á los generales deseos. El reciente decreto de 1861, que en favor de los prefectos despojó á los negociados ministeriales, había creado una pretendida descentralización que en el fondo no era más que una centralización en provecho de aquéllos. En medio de la monotonía de las pequeñas capitales de provincia, las fiestas de la prefectura distraían aún á los que no tenían favor alguno que pedir al prefecto, generalmente amable y generoso. Las candidaturas oficiales se preparaban con tiempo durante las visitas prefectorales de inspección. En la cabeza de partido, que era punto de parada, el candidato se reunía con el prefecto como por casualidad y éste lo presentaba á sus administrados, hablando por él. La misma casualidad se renovaba casi cada día, de suerte que al final del viaje el asunto parecía concluído. El colmo de la habilidad era que en el coche oficial fuese el ingeniero de puentes y calzadas; entonces se apeaban en el momento oportuno; ante los campesinos embobados discutían un trazado, ponían algunos jalones y alzabase un grito de entusiasta gratitud hacia el prefecto, el cual, modestamente, hacía desviar el agradecimiento hacia su candidato. Así aconteció en 1863. En 1852 y 1853, lo raro de las competencias y la certeza del éxito habían quitado valor al triunfo: en 1863, la lucha, sin causar inquietud, era ya bastante viva para excitar el placer de triunfar.

Al acercarse el período electoral, la actividad no tuvo límites. Una de las principales preocupaciones del ministro y de su subordinado fué el negar á varios de

los 91, á los que se habían hecho sospechosos, el título de defensores de la Iglesia. Ciertos prefectos imaginaron á este fin una táctica bastante refinada, que consistía en poner de relieve la última evolución del gobierno imperial, presentar la cuestión romana como una cuestión resuelta, y oponer á los católicos inconsiderados que mezclaban la religión con los negocios civiles otros católicos no menos fieles, pero más tranquilos, menos apasionados y más confiados en la benevolencia del emperador. A estos argumentos se añadieron algunos donativos hechos á las iglesias, algunas pruebas de deferencia, algunos pequeños favores concedidos con discernimiento y muy pregonados. Varios prelados, á quienes conmovió esta conducta, publicaron, en vísperas de las elecciones, una declaración colectiva, coincida con el nombre de *Carta de los siete obispos* (1), declaración concebida con el doble fin de combatir el retraimiento y agrupar todos los votos católicos en favor de las candidaturas de aquellos ex diputados que, por servir al pontificado, habían sufrido el ostracismo.

El gobierno, no satisfecho con aquellos manejos, no desperdiciaba medio alguno de asegurar el triunfo de los candidatos oficiales. Para reunir votos, los procedimientos variaron hasta el infinito. En el Paso de Calais hubo condonaciones de pena en masa por delitos forestales. En el Indre-et-Loire los delitos de caza y de pesca fueron igualmente perdonados, y los gendarmes reunieron á los cazadores furtivos para enterarles de que habían recibido una carta del emperador que les indultaba. En el departamento del Correze, el ministro de Obras públicas recorrió el país poco antes del período electoral, prodigó las promesas y, en aquella pobre región privada de todo, se hizo llamar por el prefecto el «Colbert del siglo XIX.» En el Var, el prefecto proclamó la supresión de los derechos de consumos para ciertas bebidas. En el Charente Inferior, el subprefecto de San Juan de Angely anunció que la contribución sindical adeudada por uno de los pueblos del distrito sería condonada; en el mismo departamento uno de los agentes del candidato de oposición fué detenido y no se le puso en libertad hasta después de haberlo tenido preso durante diez días, sin que lograrse saber el motivo de su detención. Un abuso parecido fué señalado en el departamento del Loira Inferior. En torno del prefecto, todo el ejército administrativo estaba en pie: alcaldes, jueces de paz, inspectores de instrucción pública, comisarios cantonales, gendarmes, estanqueros... Las amenazas de cesantía ó destitución evitaban toda hostilidad, y la esperanza de recompensas estimulaba el celo. Sucedió también que el gobierno se desembarazó temporalmente de los funcionarios sospechosos de tibieza y á quienes no se quería hacer perder el empleo. Así se hizo con el subprefecto de Cambrai.

Voy á abreviar, por temor de que este cuadro de cuarenta años atrás parezca copiado de épocas más recientes. Los contemporáneos han conservado el recuerdo de algunas luchas electorales que entonces parecieron extraordinarias, por lo mucho que su animación contrastaba con la apacible quietud de los tiempos pasados.

En el departamento del Norte, el Sr. Plichón, con

(1) Los firmantes fueron los arzobispos de Cambrai, Tours y Rennes, y los obispos de Metz, Orléans, Nantes y Chartres.

una circunscripción despedazada, sin periódicos, obligado á buscar muy lejos un impresor y espiado en todas sus diligencias, contrabalanceó con su prodigiosa actividad todos los recursos del gobierno.

En el Brie, la rivalidad electoral degeneró en una especie de lucha económica. El candidato, Sr. Garreau, abandonado por el poder, era sostenido por los agricultores del país, grandes cosecheros de trigo é interesados por esto en el alza de los granos. El candidato oficial, Sr. de Faucourt, personificó, independientemente de su voluntad, el interés de los proletarios. Propalóse el rumor de que Garreau era amigo de los agiotistas y que, si le elegían, comerían *pan de paja*.

Uno de los candidatos más combatidos fué el Sr. de Flavigny, personaje de extraordinario mérito y de carácter muy íntegro. El prefecto lo trató como enemigo, le acusó de «enarbolar la bandera blanca» y amenazó al Sr. Gouin, que se presentaba en una circunscripción vecina y era favorable á su colega, con retirarle el apoyo del gobierno si no renunciaba á tan peligrosa amistad. Se puso en conocimiento de ello al emperador, que juzgó el celo excesivo, desaprobó á su agente y ordenó que la candidatura oficial continuase siendo la del señor Gouin, incondicionalmente.

En ninguna parte fué la lucha tan viva como en Grenoble. Allí se presentaba Casimiro Perier, nombre que se había hecho ilustre durante la monarquía de Julio. Para asegurar el triunfo del gobierno, no hubo medida que pareciese temeraria. Habiéndose acordado procesar al *Impartial Dauphinois*, con motivo de uno de los artículos del candidato, la resolución fué anunciada á son de trompa en todos los pueblos, y el día de las elecciones, el prefecto hizo adelantar la salida de los carteros á fin de que distribuyesen por los ámbitos más apartados las últimas instrucciones del gobierno.

De todos los candidatos, el más considerable era Thiers. En París reinaba cierta incertidumbre sobre el carácter de su candidatura. Napoleón, en uno de sus discursos, lo había proclamado el *historiador nacional*. No se ignoraba que estaba relacionado con varios servidores del imperio. En distintas ocasiones había formulado prudentes consejos, destinados á ser repetidos en las esferas oficiales y en las Tullerías. La opinión pública, en vista de todos estos indicios, se había persuadido de que al gobierno no le desagradaría el triunfo de tan ilustre personaje: decíase que el candidato oficial, señor Devinck, sólo era apoyado en apariencia y sería poco á poco abandonado. Persigny era de esos hombres violentos á quienes la lucha exaspera. Como el rumor adquiriese crédito, se indignó, y haciendo á Thiers el honor de una circular especial, se dedicó á restituirle su puesto en las filas enemigas. Fué una acusación de una dureza inaudita contra los hombres de los antiguos partidos. «Lo que quiere el Sr. Thiers, decía el ministro, es el restablecimiento de un régimen que ha sido fatal para Francia y para él mismo; de un régimen halagüeño para la vanidad de algunos y funesto para el bien de todos; que quita la autoridad de su base natural para arrojarla como pasto á las pasiones de la tribuna; que reemplaza el movimiento fecundo de la acción por la agitación estéril de la palabra; que durante diez y ocho años no produjo más que la impotencia en el interior y la debilidad en el exterior, y que, empezado en el mo-

tín, continuó en medio de los ruidos del motín y acabó víctima del motín. No, el sufragio universal no opondrá á los que han sacado al país del abismo los que lo habían dejado caer en él.» Los oficiosos se precipitaron por la vía que indicaba el ministro. En los días siguientes, el *Constitutionnel* agotó su facundia «contra los emigrados de dentro y fuera, contra la gente que nada había aprendido y se figuraba que se había olvidado todo, contra los hombres más viejos aún por sus ideas que por sus años que querían escalar el poder con sus antiguas máquinas de guerra y sus antiguas armaduras (1).»

Estimulado por su jefe, el prefecto del Sena, en una circular de 29 de mayo, reeditó por su cuenta la acusación; y, generalizando sus críticas, censuró no sin razón á esa gran ciudad industrial y comercial que no tenía más candidatos que abogados y periodistas. Sin embargo, los amigos más perspicaces del poder desaprobaban ese desbordamiento, que consideraban peligroso. «El Sr. de Persigny, escribía Merimée, parece un cochero que tira de las riendas y da latigazos á derecha é izquierda (2).» En provincias el lenguaje oficial hubiese intimidado á las poblaciones rurales: en París excitaba el espíritu de contradicción. Hasta entonces el resultado había parecido dudoso; desde aquel momento pareció seguro: «Thiers será elegido,» repetían sin vacilar los más inteligentes.

## IX

Las elecciones estaban señaladas para los días 30 y 31 de mayo. El 30 se corría el *premio grande* en el hipódromo de Longchamp, y hubo más concurrencia á lo largo de los Campos Elíseos que en torno de los colegios electorales. Al día siguiente, el aspecto de las cosas cambió. A la caída de la tarde los bulevares se llenaron de gente: llegaban los primeros resultados del escrutinio; corrían de mano en mano, y á la luz de los faroles, improvisados lectores los proclamaban. Desde la instauración del imperio, nunca se había visto semejante afluencia de pueblo. Súpose finalmente el veredicto de la capital: resultaban elegidos los nueve candidatos de la oposición, excepto uno solo, que tenía empate, pero en tales condiciones que aseguraban su triunfo. Entonces estalló una ruidosa alegría en el partido democrático. «París acaba de tomar la revancha del 2 de diciembre,» decían unos. «París acaba de proclamar la República,» añadían otros aún más exaltados. «Sabremos apoderarnos otra vez de París,» había exclamado un día Ernesto Picard en el Cuerpo legislativo. Parecía haberse realizado el pronóstico.

Al día siguiente, las noticias de los departamentos echaron mucha frialdad sobre este ardiente foco. Victoriosa en París, la oposición democrática era vencida en provincias. Apenas habían triunfado en ellas cinco ó seis de sus candidatos: Henón, Glais-Bizoin, Dorián, Havin, elegido en el departamento de la Mancha y en París, y Marie, enviado al Cuerpo legislativo por el departamento de las Bocas del Ródano.

Los legitimistas, que sólo habían presentado candi-

(1) *Constitutionnel*, 27 de mayo de 1863.

(2) *Lettres á Panizzi*, tomo II, pág. 319.

datura en algunas circunscripciones, sólo habían podido hacer triunfar á Berryer.

En cuanto á los candidatos católicos ó simplemente independientes, combatidos por Persigny, habían tenido suerte diversa. Plichón, el marqués de Andelarre, Grouchy y Chambrún habían salido victoriosos de la lucha. En cambio, Keller, Flavigny, Lemercier, Cuverville, Garreau y Jouvenel no habían podido contrarrestar con sus propias fuerzas la hostilidad del gobierno. Entraban en la Cámara algunos hombres nuevos, como Lanjuinais, el duque de Marmier, Martel y Lambrecht, pertenecientes al partido constitucional. De todas las derrotas de los católicos, la más notada fué la de Montalbert, quien, excluido de la Cámara de 1857, acababa de sufrir un nuevo fracaso, igualmente rechazado por los electores de los departamentos del Doubs y de las Costas del Norte.

Los peor tratados fueron los hombres de los antiguos partidos. Odilón Barrot fué derrotado en Estrasburgo, Remusat en Tolosa, Saint-Marc Girardin en la Alta Viena, Dufaure en la Gironda y en los Charentas, y Casimiro Perier en el Iserre. Elegido en París, Thiers resultaba derrotado en Aix, Valenciennes y las Costas del Norte. Prévost Paradol sucumbió en el Dordoña y obtuvo en la sexta circunscripción del Sena 2.300 votos sobre 30.000 votantes.

Transcurrieron algunos días antes de que estos resultados fuesen conocidos con exactitud. Las elecciones de empate proporcionaron seis diputados á la oposición: éstos eran Ancel, rico armador del Havre y uno de los más considerables de los 91; Gueroult; Julio Favre, que, elegido ya en París el 31 de mayo, lo fué también por sus compatriotas del departamento del Ródano; Planat, Malezieux y Mauricio Richard, tres hombres nuevos, enviados á la Cámara por los departamentos del Charente, el Aisne y el Sena y Oise. Entonces se pudo calcular, sin temor de equivocarse, la importancia futura de las diversas fracciones parlamentarias. La oposición democrática, antes reducida á los *Cinco*, casi había cuadruplicado. Unos quince diputados, nuevos los unos en la política y separados los otros del gobierno por los incidentes de las luchas religiosas, iban á formar el núcleo de un grupo destinado á aumentar, á fluctuar largo tiempo en busca de un programa ó de un jefe y á llamarse sucesivamente *centro izquierdo* ó *tercer partido*. El resto de la Cámara, es decir, más de doscientos diputados, era el producto del encasillado oficial: allí iba á residir la mayoría, pero una mayoría algo menos homogénea que la pasada y que había de subdividirse en varias fracciones bastante distintas. De la masa de los electos se destacaban Thiers y Berryer, esos testigos imponentes de otros días, y por descabros que hubiesen experimentado los antiguos partidos, no era posible creer que, conservando tales campeones, fuesen del todo vencidos. Tal aparecía, después de las elecciones, el nuevo Cuerpo legislativo.

La democracia, que había saludado con un grito de triunfo las elecciones de París, no quiso parecer desconcertada por las elecciones provinciales. En los días que siguieron á la proclamación del escrutinio, imaginó una teoría, consistente en pesar los votos en vez de contarlos. Ingeniosos publicistas enumeraron los sufragios obtenidos por la oposición en la capital; y des-

pués de haber establecido sin dificultad que París era la ciudad de la inteligencia, insinuaron sin grandes miramientos que el imperio era condenado por todo el que rendía culto al progreso. La misma sabia estadística se extendió á provincias; demostró que casi en todas partes las poblaciones urbanas habían dado la mayoría á los candidatos independientes, y comparó el espíritu refinado de los ciudadanos cuya educación política estaba hecha, con la rusticidad de los campesinos aún no emancipados del yugo. Para una prensa que se decía esclava, el razonamiento no dejaba de ser audaz ni impertinente. A fin de dar más fuerza al argumento, los periodistas de oposición expusieron nuevamente al público el cuadro de las circunscripciones electorales que, fraccionando de intento las grandes ciudades, las repartía en fragmentos: «¿Cuáles no hubieran sido, decían, los triunfos de la oposición si la unidad moral de todas las ciudades importantes no hubiese sido destruída! Uno de los rasgos característicos del voto reciente, añadían (y en esto no se equivocaban), es la separación entre las poblaciones rurales y las poblaciones urbanas.» Naturalmente, los publicistas oficiosos no dejaron de replicar y dijeron de las ciudades tanto mal como sus adversarios habían dicho de las poblaciones rurales. La querrela continuó durante mucho tiempo, y de ella habían de resentirse más tarde las deliberaciones del Cuerpo legislativo. Cada parlamento tiene cinco ó seis causas de interrupciones familiares, cinco ó seis causas de tumulto habituales. ¡Cuántas veces no se oirá á los diputados del Sena recordar el origen de su mandato y ensalzar á París, la ciudad de las luces! «París no es Francia,» contestarán ruidosamente en masa los diputados rurales, y transcurrirán invariablemente algunos minutos antes de que se restablezca la calma.

La oposición no era la única en buscar las enseñanzas del escrutinio. Durante el período electoral el Sr. de Persigny había escrito mucho, demasiado. Terminadas las elecciones, le pareció conveniente sacar la moral de las mismas. En una circular de 21 de junio, felicitó á los prefectos, subprefectos, alcaldes y agentes de todo orden, «que con tanto celo habían ilustrado á las poblaciones sobre la elección que les convenía hacer... Por primera vez en diez años se ha formado una coalición entre partidos más ó menos afectos á los gobiernos anteriores. En algunos puntos, y particularmente en los grandes centros de población, esa coalición ha logrado sorprender al sufragio universal, pero la inmensa mayoría del país ha respondido al llamamiento del gobierno y no ha dejado á la coalición más que algunos nombres para consolarse de la derrota.» Los fracasos parciales del gobierno, lejos de inspirar temores al Sr. de Persigny, atestiguaban á sus ojos la vitalidad del imperio; y se maravillaba de que tantos esfuerzos hubiesen obtenido tan débil resultado. «Atacado por todas partes, nuestro edificio político es cada vez más sólido... y nuestras instituciones, criticadas por los candidatos de la oposición so pretexto de su perfectibilidad, han sido nuevamente consagradas por el triunfo de los candidatos del gobierno.» Así hablaba aquel ministro tan afanoso de glorificarse. Pero ¡cosa singular!, sucedió que al escribir el boletín de su victoria, escribió también su testamento. En las esferas oficiales las elecciones de París habían causado un grandísimo disgusto; los resul-

tados de provincias no llegaron á borrar del todo aquella impresión. Los enemigos del ministro, que eran muchos, aprovecharon la ocasión para denunciar de nuevo sus rarezas, sus brusquedades y sus faltas de habilidad. El emperador mismo empezaba á estar cansado de aquel servidor tan incómodo como fiel. Terminadas las elecciones, era necesario substituir la política de combate por la política de tolerancia. Persigny fué sacrificado por los mismos á quienes había servido: el 23 de junio se decretó su cesantía, y, á semejanza de aquellos restos de los antiguos partidos que tantas veces había él denunciado, se retiró de la vida pública para no volver á ella. Al separarse de su antiguo amigo, el emperador cuidó de que la separación no pareciese caída en desgracia. Pero ¿qué dar á quien se habían prodigado ya todas las dignidades? En tal apuro, acordóse de que el hombre que se le había presentado con el modesto nombre de Fialin no estaba aún adornado con el más alto de los títulos nobiliarios, y le hizo duque. El público acogió la distinción con una sorpresa no exenta de ironía. «Haciéndole duque, se decía en los salones, el emperador habrá querido sustraerlo sin duda á las investigaciones del juzgado, que le contestaba su título de conde.»

Uno de los principales cuidados del soberano consistía en asegurar al Palacio Borbón la defensa de los intereses del imperio. Todo anunciaba que la nueva Cámara, aunque compuesta, á poca diferencia, de los mismos elementos, no sería enteramente la continuación de la antigua; serían los mismos hombres, pero renovados, movidos por otras influencias. Lo que más preocupaba en las esferas oficiales no era la oposición democrática: aunque muy aumentada, no parecía peligrosa. La mayoría escucharía con tolerancia, quizá con curiosidad, á los nuevos diputados del grupo, Marie y Julio Simón; reiría las ocurrencias de Picard; se reprimiría hasta el punto de soportar sin murmullos demasiado violentos las amargas insinuaciones de Julio Favre. Pero la atención no se trocaría en favor para ninguno de los oradores de la izquierda. En cambio, Thiers y Berryer inspiraban otros temores. Su experiencia en la táctica parlamentaria, su elocuencia, su edad, que imponía respeto; su moderación, que no permitía confundirlos con los hombres de desorden, todo iba á contribuir á hacerlos temibles. Iban á encontrar en el recinto legislativo antiguas amistades, antiguos clientes que, por dignidad natural, se guardarían muy bien de herirles y hasta se vanagloriarían de acercarse á ellos. El propio Morny no había dejado ignorar que acogería con una cortesía llena de deferencia á aquellos ilustres resucitados, y era indudable que, en su afán de no imitar á Persigny, llevaría sus atenciones hasta la coquetería. Pero ¿no era de temer que aquellos dos eminentes personajes sacasen partido de estas condiciones propicias? Su influencia sería grande, sobre todo, si despojándose de todo espíritu de fracción, se colocaban en el terreno de los negocios ó de la hacienda, ó bien de la política exterior, ya tan enmarañada y comprometida. Entonces atraerían á los diputados independientes y quizá á alguno de los extremos de la mayoría. A toda costa había que evitar semejante disgusto al imperio; de aquí la idea de organizar de antemano las fuerzas gubernamentales en previsión de los grandes debates que se esperaban.

El decreto de 24 de noviembre de 1860 había creado ya los *ministros sin cartera*. Creyóse conveniente substituir esta concepción con un proyecto más amplio y establecer toda una jerarquía de oradores oficiales con un jefe, un subjefe y toda una legión de auxiliares. A este fin, un decreto de 23 de junio acreditó, con el nombre de *ministro de Estado*, un representante general del emperador cerca de las Cámaras. Este personaje, desembarazado de toda atribución administrativa y consagrado únicamente á la elocuencia, sería el portavoz del gobierno en el Luxemburgo y en el Palacio Borbón. Le auxiliaría como substituto el ministro presidente del Consejo de Estado, y los miembros de este Consejo serían investidos de delegaciones especiales para los debates sobre negocios ó hacienda que no afectasen á la alta política. El mismo decreto que reglamentaba la institución designó á los mandatarios á quienes el emperador confiaba su defensa. El ministro presidente del Consejo de Estado fué el Sr. Rouher, que reemplazó al Sr. Baroche, envejecido y fatigado. Para el primer puesto todo el mundo designaba de antemano á Billault, que se había creado un puesto aparte y hacía tres años que sostenía el peso, cada vez más considerable, de las discusiones legislativas. A los ojos de los contemporáneos, su nombre despertaba el recuerdo de aberraciones singulares y de contradicciones sensibles: en 1848 se le vió abogar por *el derecho al trabajo*; más tarde, siendo presidente del Cuerpo legislativo, después del golpe de Estado, se hizo el apóstol del régimen absoluto, él, antiguo liberal! En sus nuevas funciones, es decir, en el ministerio de la palabra, se había puesto á tal altura que sus errores ó inconsecuencias pasadas se perdían en el brillo de sus servicios presentes. Desde 1861, el curso de las discusiones parlamentarias le había llamado á intervenir en las principales causas: la cuestión romana, la cuestión polonesa, los asuntos de Siria, los de México, el desarrollo de las libertades interiores, el derecho de asociación. En estos debates había desplegado en igual proporción los dones que cautivan y los que persuaden. Sus mismos adversarios habían admirado su palabra suave y brillante, amplia y precisa á la vez, incisiva aunque cortés siempre, y vestida de una forma literaria que completaba la seducción. A fuerza de talento, había adquirido autoridad. De vez en cuando se abandonaba á las reminiscencias de los regímenes libres que había conocido, y parecía entonces un ministro responsable defendiendo ante el Parlamento sus actos personales. Las oscuras ideas del emperador no eran fáciles de traducir ni de justificar. Por un prodigio de artificio, á veces, como en la cuestión romana, dió á los expedientes más contestables un aire de solución, y de solución triunfante. Sus labios eran como un filtro á través de los cuales se clarificaban las nebulosas concepciones del soberano. Sostuvo, á fuerza de arte, el vacío de los proyectos de Napoleón, desconcertó á los que empezaban á dudar de su sensatez y prolongó la confiante ilusión de Europa, del Cuerpo legislativo y de la misma Francia. Si la incoherencia de los propósitos dificultaba demasiado la apología, ocultaba bajo apariencias de generalización lo que no podía explicar, y el ruido de los aplausos que suscitaba le sustraía al embarazo de formular una conclusión. Tal era el hombre que durante las tres últimas

legislaturas había sido el intérprete del pensamiento imperial. Al ser llamado por el decreto de 23 de junio al puesto de ministro de Estado, muchos se persuadieron de que Napoleón volvía á las costumbres antiguas nombrando un primer ministro. Primer ministro ó no, Billault venía á ser el primer personaje del imperio. A él estaba confiada la tarea de mantener intacto el haz de la mayoría, intacto contra los disidentes que ya se adivinaban y contra los independientes elegidos á pesar de la candidatura oficial, contra Berryer, contra Thiers. Billault había conocido á estos dos ilustres personajes al principio de su carrera parlamentaria, cuando, modestamente confundido en las filas del tercer partido, evolucionaba al lado de Dufaure; pero había crecido desde entonces, y había crecido tanto que no se consideraba indigno de medirse con ellos.

No estaba destinado á librar el combate. La institución del ministerio de Estado estaba llamada á subsistir, pero no en provecho de aquel para quien parecía creada. En el mes de octubre, hallándose Billault descansando cerca de Nantes, en su finca de la Gressilliere, murió casi repentinamente, y en París la noticia de su muerte llegó casi tan pronto como la de su enfermedad. La emoción fué grande y, en el periódico *La France*, el Sr. de la Guéronnière no vaciló en proclamar que la pérdida era irreparable. La palabra disgustó, como si hubiese implicado una duda sobre los recursos del personal imperial. Apenas faltaban veinte días para la reunión de las Cámaras y era necesario proveer á la urgente necesidad. Rouher era el coadjutor de Billault y, en un momento premioso, tenía la suerte de estar á la mano. Bruscamente, y como para disimular el interregno, le fué conferida la sucesión. No se le nombró sin alguna desconfianza. El nuevo ministro de Estado era un abogado inteligente, un hombre de negocios consumado, un trabajador infatigable; más de una vez había hecho apreciar su espíritu fecundo en recursos, su facundia, su facilidad para abarcar los asuntos más diversos. A pesar de esta reunión de raras cualidades, subsistía el temor de que este personaje, muy notable en segunda fila, fuese deficiente para el primer puesto. Se le dió toda clase de auxiliares: Rouland, Vuitry, Forcade La Roquette, Chaix d'Est-Ange, todos llamados al Consejo de Estado, el primero como presidente y como vicepresidentes los otros dos. Después de lo cual, se esperó la apertura de las Cámaras, pero con un resto de aprensión cuyas huellas se encuentran en las correspondencias contemporáneas. Era opinión general que á Billault se le había dado más bien un sustituto que un sucesor.

El porvenir había de destruir estas aprensiones relegando á la penumbra al que acaba de morir y colocando en plena luz al que acababa de ser elevado al pináculo. A distancia, la fisonomía de Billault aparece en una perspectiva ya remota y con un relieve que empieza á borrarse. Colocado en los límites indecisos del imperio liberal que no había de ver, no deja más que el recuerdo un poco frágil de una elocuencia armoniosa, insinuante y persuasiva, que encantó algunos días y expiró de pronto en sus más bellos acentos. En el cuadro del segundo imperio, la elevada y maciza estatura de Rouher oculta un poco la figura endeble de Billault, y el que tuvo, sobre todo, ingenio desaparece detrás del

que, sobre todo, personificó la fuerza. Al dirigir una ojeada muy general al reinado de Napoleón, se encuentra al lado del príncipe, en los dos primeros años, un consejero osado y sagaz, Morny, al cual no le faltó gran cosa para ser un hombre de Estado; y, hacia el final del reinado, aparece otro consejero, Emilio Ollivier, tráfuga del partido republicano, que avanza por etapas y acaba por entregarse, pero que no se entrega hasta el último momento, de modo que todo permanece incierto en su tentativa, á excepción de su elocuencia y su patriótica honradez. A la hora actual, Morny toca al fin de su carrera, y Ollivier se desprende apenas del grupo de los *Cinco*. Entre estos dos personajes hallamos la dominación del hombre que el emperador acababa de designar como intérprete de su política. Vamos á verle insinuarse modestamente en sus funciones para instalarse luego en ellas como amo y señor. Se asimilará no solamente las cosas, sino que también á los hombres; y no se contentará con asimilárselos, sino que aspirará á absorberlos. Dirigirá la Cámara, tratará de imponerse al soberano y tenderá á disciplinar el personal imperial de modo que nadie pueda crecer fuera de su tutela. El emperador lo llamó al ministerio de Estado en 18 de octubre de 1863. Hay que tener presente esta fecha para la historia. Aquel día empezó el reinado de Rouher.

## X

El 5 de noviembre inauguróse la legislatura y el emperador saludó á los recién elegidos en breves y cordiales palabras: «Bien venidos seáis, les dijo... A pesar de algunas disidencias parciales, me felicito del resultado del escrutinio.» Y continuó con un doble acento de leal confianza y estudiada firmeza: «Todos me habéis prestado el mismo juramento y él me responde de vuestro concurso.» Al día siguiente, en el Palacio Borbón, el señor de Morny empleó el mismo lenguaje lleno de confianza, acentuando además la nota conciliadora y liberal. Hizo observar que «las últimas elecciones habían despertado aspiraciones dormidas durante algunos años.» «La palabra libertad, continuó, ha sido con frecuencia pronunciada y lo será todavía. Al gobierno no le importa.» Con mucha habilidad, hizo remontar hasta el príncipe el honor de la iniciativa. «La libertad, dijo, no puede establecerse pacíficamente sino mediante el acuerdo entre un soberano liberal y una asamblea moderada.» Thiers, Berryer y otros habían sido combatidos á sangre y fuego por Persigny, y Morny se esforzó en borrar aquel mal recuerdo: «Los sufragios del pueblo han vuelto á traer entre nosotros á antiguas ilustraciones parlamentarias, y me atrevo á decir que, por lo que á mí toca, heme alegrado mucho de ello.» El presidente de la Cámara concluía con un sentido llamamiento á la concordia, exhortando á todos para que procurasen resolver las cuestiones sin más fin que el de los verdaderos intereses del país.

Cada una de esas palabras había sido meditada. Con su tacto exquisito, Morny había amoldado su lenguaje á las necesidades de la nueva política que vislumbraba de lejos. Su discurso era como una indicación, muy breve sin duda, pero bastante clara para que fuese comprendida: enseñaba discretamente á su soberano el ca-

mino por el que debería tomar la delantera á su pueblo: de este modo el emperador dirigiría el movimiento, y lejos de tener que aceptar las reformas, éstas le darían popularidad. Al expresarse así, Morny se adelantaba mucho á la mayoría de sus colegas, unos muy refractarios á todo programa liberal y otros demasiado tímidos para formular sus aspiraciones y confesar sus esperanzas. Sin embargo, desde los primeros días de la legisla-

sumisión y lo que ya apuntaba de nueva independencia.

Desde el examen de las primeras actas, las protestas revelaron toda clase de abusos en provecho de los candidatos oficiales: inscripciones de electores después de cerradas las listas, laceración de carteles, intervención de funcionarios, irregularidades en el escrutinio. Antes, el temor de perjudicar á la autoridad hubiera hecho disimular tan lamentables desórdenes. De un modo gene-



Rouher

tura, una observación atenta hubiera permitido adivinar los rasgos particulares que distinguirían la nueva asamblea de la que acababa de desaparecer. La Cámara, en conjunto, no era una Cámara liberal; pero era ya una Cámara emancipada. A principios del imperio se habían acumulado tesoros de obediencia; esos tesoros no estaban agotados todavía, pero ya no se renovaban. Los hombres en gran parte eran los mismos; pero volvían con vacilaciones, con una fe menos robusta en el principio de autoridad. Necesitábase el ojo experimentado de Morny para discernir desde el primer momento aquellos matices confusos, únicamente visibles á intervalos. En el examen y discusión de las actas apareció algo más claro aquel estado de espíritu. Siendo contestada la validez de ciertas elecciones, se entablaron debates de una viveza y una espontaneidad que años atrás hubieran causado gran sorpresa. Aquellas primeras sesiones permitieron apreciar lo que quedaba de la antigua

ral, las comisiones desecharon toda timidez y publicación, sin disimularlo mucho, el resultado de las informaciones. Luego adoptaron una línea de conducta que consistía en computar los votos de los candidatos rivales. Cuando la diferencia era demasiado grande para que los manejos hubiesen podido influir en el resultado del escrutinio, se negaban ordinariamente á una reelección que hubiese despertado las pasiones dormidas: condenaban los excesos en términos más ó menos enérgicos según el espíritu del ponente, y después de haber insinuado que los candidatos de oposición habían empleado medios casi iguales, proponían la aprobación del acta. Esta imparcialidad, aunque muy incompleta, no dejaba de tener su mérito, si se tiene en cuenta que el tribunal ante el cual era llevada el acta del candidato oficial se componía en gran parte de candidatos oficiales.

Vióse á varios individuos de la mayoría deplorar muy